

## 9. Todo cambia

¡Qué liberación el tener conciencia, de la que hablaba ayer, de no tener que hacer otro esfuerzo para mover las montañas que el de responder a Cristo que nos llama hacia sí! Porque después, el “les dio poder para” ...hacer lo imposible, no solo liberar del maligno, no solo curar toda clase de enfermedades, sino incluso resucitar muertos, es decir, reparar lo irreparable, todo es consecuencia inmediata y gratuita del sencillo y puro dejarnos convocar por Jesús, de la respuesta a *aquella* llamada, la llamada de ir hacia Él, a estarnos en su Presencia regalada.

Fue increíble cómo cambió a partir de aquel momento la visita de aquella comunidad. No desaparecieron los problemas y las cerrazones, pero cambiamos nosotros, porque estábamos ante aquella situación no partiendo de nosotros mismos, y tampoco de la situación de la comunidad, sino desde el espíritu con el que los apóstoles debían comenzar desde aquel estar ante Cristo que los llamaba hacia Él y les daba todo lo necesario para transmitir al mundo la Redención. Pues el corazón permanecía allí, en la fuente, ante aquella Presencia que llama hacia Sí y envía sin apartarnos de Sí, sin que el corazón deba separarse de Él al afrontar lo real, la necesidad, las dificultades de las personas y de las circunstancias. E incluso sin decírnoslo (aunque después nos lo dijimos), era aquella experiencia la que nos unía para afrontar aquella comunidad. Ya no nos unía el estrujarnos el cerebro para buscar soluciones, para elaborar juicios, para juzgar las intenciones y las perspectivas de los demás, ya no nos unían la tristeza y el desánimo, y, por lo tanto, el deseo de dejarlo todo.

Esta tristeza de desánimo era la que unía a los discípulos de Emaús antes que el Misterio se les hiciese cercano, gratuitamente, a volver a convocarlos hacia Sí. Pero no es unidad la que entretiene nuestra tristeza, no es unidad de comunión, es una complicidad sin amor, sin amor de la vida. También los demonios en el infierno tienen que estar unidos así. Pero la misericordia de Dios hacia nosotros y hacia el mundo al que somos enviados, nos lleva y despierta a la fascinación de la primera vocación, al primer amor: el de ser convocados hacia Él, hasta el fondo del corazón, como los discípulos de Emaús que en Su compañía comenzaron a sentir arder su corazón, como la primera vez que se lo habían encontrado, quién sabe dónde y cuándo, pero fue seguramente un sencillo encuentro, un encuentro que fue solo un encuentro, sin tener que pensar en tener que comprometer su libertad de otro forma más que estando con Él.

También Andrés y Juan, estuvieron con Él horas y horas, y de aquél encuentro no supieron contar otra cosa más que el hecho de que lo habían encontrado, que habían estado con Él aquel día, que eran cerca de las cuatro de la tarde. Pero no supieron referir tampoco ni una palabra de lo que les dijo. Pero la Palabra era Cristo, era la persona de Jesús. Encontrarlo es todo.

En efecto, Andrés, a la primera persona con la que se encuentra, que es Pedro, no pudo anunciarle más que han encontrado al Mesías, que quiere decir todo y nada, y para probarlo no adelanta palabras o argumentos, sino que “lo conduce a Jesús” (Jn 1,42). Y Pedro tiene el encuentro, también él: *solo* el encuentro, y le basta.

Después vendrán las palabras, las parábolas, las enseñanzas, las obras de Cristo, pero el núcleo del seguimiento de Pedro será solo y siempre Su presencia, sin la que incluso las palabras ya no tienen sentido, se convierten en palabras nuestras sin energía, que quizá enloquecerán hasta la herejía o al fundamentalismo violento. Cuando Pedro dijo a Jesús, abandonado de todos: “Señor, ¿dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69), no eran las palabras las que lo mantenían unido a Jesús, sino la conciencia de que solo Su presencia daba sentido y vida a las palabras, a la verdad que surgía de Cristo y llenaba de sentido y fervor la vida. Marchándose, dejándolo, ¿qué habría hecho de Sus palabras de vida sin la fuente de la vida eterna que Cristo era para ellos?

Estando ante aquella comunidad sin abandonar la experiencia y la conciencia de estar llamados solo hacia Él, fue como si ante cada “espíritu inmundo”, ante cada “enfermedad” o “dolencia”, ante cada “muerto” que nos aparecía delante, permaneciésemos convocados por Cristo para recibir de Él el poder, la energía, el juicio, la caridad, ¡sobre todo la caridad!, para expulsar el mal y la mentira, curar las fragilidades y las miserias, y resucitar a los muertos. Con alegría, porque sabíamos que la adecuación a todo lo que se presentaba ante nosotros, en bien o en mal, podría venir solo de Cristo. Esta alegría de fe expulsaba los demonios, porque desactivaba primeramente en nosotros la escalada del mal, de lo negativo, de la crítica estéril, que es como un moho que crece en las relaciones cuando falta el aire del viento bueno del Espíritu de Cristo. Y la curación la veíamos comenzar de cada mínimo fermento de positividad y de deseo de vida nueva que ahora conseguíamos poder ver, y también suscitar, despertar, y, sobre todo, testimoniar con nuestro modo de estar ante ellas, y con nuestra mirada libre de todo proyecto moralista con el que habían sido siempre miradas, y se miraban entre ellas, desde hacía decenas de años.

Perdonad si insisto en este episodio. Podría contaros otros muchos, porque cada vez, por mi cabeza dura y por la misericordia de Dios, esta dinámica aparece de nuevo, y espero convertirme con el tiempo. Pero me asombra siempre cómo lo esencial me sorprende siempre como una novedad, y así se reafirma como esencial. Las cosas secundarias, antes o después, cansan. Las dinámicas esenciales, sin embargo, son siempre nuevas, y es sobre esto sobre lo que vale la pena que nos ayudemos siempre de nuevo.

La novedad absoluta de nuestra vocación, de toda vocación, porque al comienzo del episodio de Mateo 10, los doce son llamados sencillamente “discípulos”, es el ser llamados a Él, el ser “convocados” por Cristo.